

Amores y odios en el proceso electoral 2006

*José Velasco García**

RESUMEN: Nuestro trabajo se concentra en el análisis de los procesos electorales. En principio, ponemos énfasis en el concepto de *necesidad*, problematizándolo con la finalidad de insistir en su carácter social y en la manera en que es aprovechado durante la contienda electoral para generar un discurso que pretende satisfacerlo. Los intereses personales, los compromisos establecidos con grupos y la magnitud de las necesidades hacen difícil que se dé cobertura a las mismas. Esto nos obligó a repensar lo que es la política. En esa búsqueda, observamos que la política se articula con la pasión de hombres y mujeres por obtener el poder; esta pasión adquiere dimensiones muy interesantes cuando la política electoral se transforma en un espectáculo, en una “vedetización” que impulsa estratégicamente el rumor, generando en el público, que es potencial elector, amores y odios cuya génesis es estructural a la propia constitución subjetiva y de la que nos ha hablado Freud en varias ocasiones.

Palabras clave: proceso electoral 2006, necesidad, política, pasiones, poder

ABSTRACT: Our investigation focuses on the analysis of the electoral process experienced in Mexico during 2006. Firstly, we emphasize the concept of *necessity* as a problem, insisting on its social character and on the promises of satisfaction during the electoral process. However, personal interests, already arranged commitments with groups and the magnitude of some needs make difficult for their coverage. This lead us to rethink what politics are. In that quest, it's observed that politics are articulated in men and women wish for

* Profesor asociado “C” de tiempo completo en la licenciatura de Psicología, UNAM, Facultad de Estudios Superiores-Iztacala.

power. This passion acquires very interesting dimensions when electoral politics transforms itself in show, in a “vetetization”, that impulses strategically rumour, generating in the public, who is a potential elector, love and hate which is structural for the proper subjective constitution, Freud has told us about in several occasions.

Key words: electoral process 2006, needs, politics, passions, power

Las necesidades sociales y la política

En una sociedad que pretende ser democrática, los integrantes del gobierno deberían responder a una gama de necesidades que sostienen los distintos grupos y organizaciones que constituyen un país. Al plantear esto nos enfrentamos con dos problemas: uno de orden conceptual y otro de orden práctico. El de orden conceptual se refiere a la factibilidad de caracterizar lo que es una *necesidad*, ubicando los elementos que la componen, al mismo tiempo que damos cuenta de la génesis de esa necesidad o del conjunto de necesidades. La dificultad práctica se nos aparece más compleja, pues nos enfrenta con la posibilidad de que un gobierno pueda responder positivamente a la multiplicidad de necesidades existentes en un país.

Pichon Rivière (1980) señalaba que el ser humano es un ser de necesidades que sólo se satisfacen socialmente, según las relaciones que lo determinan. Así, las necesidades se producen y se satisfacen en el marco de una vinculación entre los seres humanos. Siguiendo esta lógica, nos percatamos de que las necesidades también tienen un rostro eminentemente subjetivo donde se amalgaman inclinaciones, intereses, sentimientos y estados de ánimo. Esa dimensión subjetiva que caracteriza a las necesidades conduce, paradójicamente, a que muchas de ellas se expresen en una persecución de bienes materiales, así como en la búsqueda de ciertas situaciones objetivas. Este deslizamiento de lo subjetivo a lo objetivo se articula con un conjunto de valores que prevalecen en el conjunto de la sociedad, pero al mismo tiempo con la forma muy particular en que los distintos grupos e individuos se relacionan con ellos, dándoles una inflexión muy específica a los mismos. De este modo, las necesidades parecen satisfacerse y colmarse durante

espacios de tiempo muy variables, pues esas necesidades se revitalizan, se modifican, se acentúan. En fin, sufren alteraciones cuyo origen no es fácil determinar.

Encontramos aquí una relación sumamente interesante entre las necesidades, su variabilidad o permanencia, sus diversas formas de expresión, y las exigencias individuales, o grupales, para que esas necesidades sean cubiertas. La exigencia para que esas necesidades sean satisfechas requiere tanto de voceros que enuncien determinada necesidad, como de alguien a quien vaya dirigida esa exigencia. Planteada así la relación entre quien exige y aquel a quien va dirigida la petición de satisfacción, podemos hablar de una demanda. Solicitud expresa de algo que se quiere en el terreno material o afectivo, para poder tener acceso a un estado de supuesta satisfacción.

Esta argumentación respecto a la relación necesidades-demandas de satisfacción dirigida a un cierto agente, hace posible vislumbrar las características de grupos e individuos que pueden plantear sus necesidades a determinados sectores del gobierno. La cuestión aquí es si el gobierno quiere responder, o está en posibilidades de dar salida a esas demandas.

En este orden de ideas, nos parece importante aludir a la discusión que llevan a cabo Trasímaco y Sócrates cuando dialogan en torno a la justicia, a la injusticia y a la forma en que el Estado se relaciona con estas dos cuestiones. En *La República*, Sócrates insiste en que todo aquel que gobierne no será guiado por su propio interés, sino por el de sus súbditos, buscando procurarles todo aquello que les sea provechoso y conveniente. Proceder de esta manera coloca a los gobernantes en el lugar de la justicia y por consecuencia en el de la virtud. Trasímaco, por el contrario, consideraba que en la realidad de los hechos, los gobernantes actúan de otro modo, pues ellos hacen caso omiso de los intereses del pueblo y ponen más atención en los beneficios que las leyes, producidas por ellos mismos, pueden acarrearles. Según Trasímaco, los gobernantes no se preocupan por las ovejas, por el rebaño, sino por sus propios intereses. Lo que parece incomodar a Sócrates de la tesis de Trasímaco, es que éste crea que el proceder injusto de los gobernantes sea una virtud. Según el argumento de Trasímaco, el Estado emplea la injusticia incluso para ir más allá de sus fronteras: “¿No

hay Estados que llevan la injusticia hasta atreverse a atentar a la libertad de otros Estados, e incluso a subyugar y poner en esclavitud a muchos de ellos?” (Platón, 1973:452).

En lo que parecen coincidir Sócrates y Trasímaco es en que ese tipo de injusticia hace surgir pasiones incontrolables:

Mas si es propio de la injusticia engendrar odios y disensiones don-dequiera que se encuentre, sin duda producirá el mismo efecto entre los hombres, ya sean libres, ya esclavos, y los incapacitará totalmente para emprender nada en común (Platón, 1973:452).

En este diálogo, la tensión entre la política y la justicia es sumamente interesante. Al hacer este recorrido por *La República*, nos parece pertinente la definición propuesta por Abagnano (1986) en su *Diccionario de filosofía*. Ahí este autor expresa que la *política* es entendida como doctrina del derecho y de la moral; la teoría del Estado; el arte o la ciencia de gobernar; y el estudio de los comportamientos intersubjetivos.

Esta definición nos obliga a pensar que existe una dimensión subjetiva en la política que debe ser explorada. Según Abagnano, para Aristóteles la política sería una ciencia que se encarga de “indagar cuál es la mejor constitución, cuál, más que otra, es adecuada para satisfacer nuestros ideales, cuando no existen impedimentos externos y cuál se adapta a las diferentes condiciones para ser puesta en práctica”. En esta lógica, el buen político y el buen legislador “deben saber cuál es la mejor forma de gobierno en sentido absoluto y cuál la mejor forma de gobierno dentro de determinadas condiciones”. La política tendría así dos tareas: “describir la forma de un Estado ideal, y la de determinar la forma del mejor Estado posible en relación con determinadas circunstancias” (Abagnano, 1986:928).

Nosotros establecemos una estrecha relación entre este planteamiento y lo que sugiere Maquiavelo (1513) cuando habla de que la historia no es regulada por la fortuna sino por los efectos que producen la agitación de las pasiones y los intereses de los seres humanos. Para Maquiavelo, el Príncipe tendría que saber manejar estos movimientos, esas agitaciones. Menuda tarea vislumbra Nicolás Maquiavelo para aquel que gobierna, sobre todo si tomamos en cuenta que aquel que aspira a

ser gobernante, o ya se encuentra en ese sitio, también es agitado por las pasiones y por los intereses. Las pasiones en las que se ve inmerso el gobernante, ¿cómo le pueden facilitar, o impedir, dar respuesta al conjunto de demandas que le plantean los distintos sectores de una sociedad?; ¿cómo poder discernir una mejor forma de gobierno si quienes están colocados en la cúspide del poder están involucrados con sus propios intereses, o se encuentran comprometidos con los intereses de otros muy cercanos a ellos?

El cumplimiento de las necesidades de las diferentes fracciones de la sociedad se verá determinado por esa situación subjetiva en la que se encuentran los gobernantes, pero también por un conjunto de condiciones objetivas nacionales e internacionales. Incluso, la frontera entre esas condiciones objetivas y subjetivas no es algo sencillo de esclarecer, pero sí queda claro que ambos tipos de condiciones configuran un conjunto de obstáculos que hace difícil el cumplimiento de las promesas de campaña.

No sabemos hasta qué punto quienes participamos como votantes en el proceso electoral del 2006 para elegir presidente de la República estuvimos conscientes de ese conjunto de dificultades, y pensamos con detenimiento en la viabilidad de que los candidatos cumplieran su palabra al emitir nuestro voto.

Nos atrevemos a plantear la hipótesis de que la reflexión en torno a este asunto fue escasa. Por supuesto que habría que buscar algunos elementos más concretos para respaldar esta afirmación. Si nuestra hipótesis resultara cierta, consideramos que uno de los aspectos que estuvieron en juego para que eso sucediera tuvo que ver con el rumor y los elementos que en él se vieron involucrados.

Política y rumor como escenarios de la pasión

Las campañas que precedieron a la elección del 2 de julio del 2006 muestran de modo descarnado la vehemencia que se colocaba en los esfuerzos por descalificar al contrincante. Las luchas internas en los partidos fueron una primera evidencia de lo que después se dejaría sentir, una vez que cada agrupación política definió con dificultades al que sería su candida-

to para la Presidencia. En el caso del Partido Revolucionario Institucional (PRI), los pleitos entre Elba Esther Gordillo y Roberto Madrazo fueron todo un acontecimiento para la vida del partido. También las controversias entre Arturo Montiel y el propio Roberto Madrazo dejaron profundas cicatrices en el partido que gobernó durante varias décadas a nuestro país. Un poco menos ásperas, pero no tanto, fueron las contiendas en el interior del Partido Acción Nacional (PAN), cuando destacaban en la confrontación Felipe Calderón y Santiago Creel.

Hablar de las rencillas de cada uno de los partidos y de sus estrategias de confrontación nos desviaría de nuestros objetivos en este momento, y seguramente nos conduciría por el camino del amarillismo, vía que en este momento preferimos evitar, no sin antes dejar sentado que esa confrontación interna se llevó a niveles superiores una vez que se encontraron definidos los cinco candidatos. Fue obvio que a medida que transcurría el tiempo y nos acercábamos al día de la elección, la confrontación fue haciéndose más intensa entre Andrés Manuel López Obrador y Felipe Calderón Hinojosa.

Esa confrontación no solamente incluyó a los candidatos, pues los potenciales electores se apresuraron a integrarse también al escenario de la pugna. Cuando permanentemente se aludía a que uno de los contrincantes era “un peligro para México”, estábamos ya frente a una forma de agresión que iba dirigida no solamente hacia el contrincante, sino también, sutilmente, a los potenciales electores. Si ellos votaban a favor de ese candidato estaban colaborando a llevar a México a una catástrofe.

En ese contexto, encontrábamos en los distintos medios de comunicación la denuncia documentada de acciones corruptas, la arenga, la provocación. Todos estos mecanismos se pusieron en juego con la finalidad de que viéramos en el adversario político un verdadero enemigo. La argumentación ideológica, los proyectos de campaña y la viabilidad de materializarse, se trastocaban por discursos que convocaban a la violencia, a la generación del rechazo o apego a cualquiera de los candidatos. Los proyectos no desaparecían, pero fueron redimensionados bajo el manto de la agresión permanente entre los candidatos, promovida por sus infraestructuras publicitarias.

Muy pronto estas estrategias empezaron a mostrar sus frutos, aun antes de que se iniciaran formalmente las campañas. Los medios masivos de comunicación empezaron a tomar partido de manera más que evidente, dando su opinión en torno a un candidato o a otro, subrayando sus defectos, haciendo referencias a su historia. En muchas ocasiones se recuperaron datos y testimonios que mostraban el lado negro de alguno de los contendientes. Con bombo y platillo se difundió durante varios días alguna propiedad de más que poseía el aspirante a la Presidencia, se habló de sus vínculos con personas inadecuadas, o de su lenguaje irrespetuoso. Así, se inició y se mantuvo una convocatoria a la violencia donde participaron una buena cantidad de actores, unos con más fuerza y alcances en la opinión pública que otros. Esa convocatoria constante a la violencia es lo que nosotros aquí llamamos *agresión a los electores*, pues en busca de adeptos que votaran el 2 de julio del 2006 por un determinado candidato, se recurrió a las manipulaciones, a las provocaciones, a la seducción y se convocaron amenazas.

Como parte del escenario político mexicano, permanecían la falta de solución al paro magisterial en Oaxaca, la violenta represión en San Salvador Atenco y posteriormente en el mismo estado de Oaxaca. También se tenían noticias de las frecuentes ejecuciones, en diversas partes de la República, articuladas con el narcotráfico. El rumor encontraba así un caldo de cultivo para que sus contenidos se esparcieran generando sentimientos y significaciones que apuntaban a la violencia y al odio.

Conviene precisar que ubicamos bajo el término *rumor* a todas estas estrategias de descalificación sobrecargadas de violencia. Con esto no pretendemos desautorizar los grados de certeza que pueden tener los datos o evidencias que se presentaron en los distintos medios, cuya finalidad era mostrar que un candidato era indigno de que los mexicanos votaran por él. Lo que deseamos es hablar de una maniobra general, que precisamente se hacía presente y emergía en el momento adecuado, con la finalidad de generar ciertos estados de ánimo en el electorado y que influyeron en su decisión. Estos estados subjetivos traerían como consecuencia la emergencia de juicios, así como la promoción de determinadas tendencias en las opiniones del electorado, las cuales se reflejaron en las distintas encuestas realizadas durante el periodo de campaña.

Este discurso de descalificación se entretendió en muchas de las conversaciones entre conocidos, e incluso entre amigos, donde el tema central era la elección de los candidatos. Siempre nos llamó la atención la facilidad y la rapidez con que esas charlas se encaminaban hacia una confrontación al referirse a ciertas características de los contendientes y mostrarse las preferencias personales. La agresión se despertaba y se expresaba con una desenvoltura que es digna de tomar en consideración.

Podríamos hablar, siguiendo a Pichon Riviére (1980), de que estábamos frente a una verdadera *guerra psicológica* de la cual no nos percatábamos y donde participaron activamente los medios de comunicación, sacando provechosas ganancias económicas. Por cierto, el tema de los grandes beneficios económicos obtenidos por los medios y especialmente por la televisión, merece toda una investigación con detalladas reflexiones en relación a las ganancias obtenidas, pues las notas y las imágenes de diferente color, en torno a esos rumores, se convirtieron en verdaderas mercancías de enorme rentabilidad.

Ante esa guerra psicológica, el Instituto Federal Electoral (IFE) se mostró incapacitado para poner límites y para convertir la contienda electoral en un proceso más civilizado. Podríamos decir que ese instituto, al callar, al mostrar su tibieza durante esa guerra psicológica, se hizo cómplice de quienes la promovían, colaborando a que muchos ciudadanos quedáramos atrapados en ella. Esta situación fue aderezada por la participación evidente del presidente Vicente Fox en las campañas electorales, no tomando en consideración los múltiples llamados que le hacían los partidos de oposición para que se manejara con más recato. Una de las vías más evidentes de esta intromisión de la Presidencia fue la multiplicidad de anuncios en radio y televisión con el fin de promover la continuidad del PAN en la Presidencia de la República, lo cual para muchos era la manifestación de que se estaba gestando una “elección de Estado”, en la medida en que muchos recursos oficiales se empleaban para favorecer directamente a Felipe Calderón. Esta manera de proceder por parte de Vicente Fox fue denominada por miembros del PRD y del PRI como una “guerra sucia”.

El PRD decidió, ante esta situación, emprender una contraofensiva. Según información aparecida el 5 de mayo en el periódico *La Jornada*, ese partido político se endeudaría con un préstamo bancario de 25

millones de pesos, además de solicitar apoyo económico al Partido del Trabajo y Convergencia para financiar una campaña a través de los medios y poder de ese modo atemperar el impacto que estaba teniendo en la opinión pública la participación de la Presidencia.

Regresemos a nuestra idea del rumor, y para darle un poco más de sustento veamos cómo se refería a él Enrique Pichon Rivière (1980:50):

El rumor es un arma de guerra psicológica, y puede ser la más contundente si se la emplea en el momento preciso. Fomentar el miedo, desalentar, inquietar y deteriorar la autoimagen de una nación o de un sector son sus objetivos. El uso del rumor se convierte, así, en una técnica dentro de un contexto de comunicación de masas. Cada país cuenta con su propio sistema y la difusión del rumor suele partir de centros que llegan a utilizar las radios, la TV y los espectáculos públicos, incluidos en un marco de comunicación informal que juega con la imaginación del sujeto receptor.

El rumor se propagaba, se difundía por diferentes medios, sin saber a ciencia cierta el origen de las afirmaciones que él encerraba. Desconociendo o aprovechando la historia de los candidatos, se diseñaba un discurso que de pronto parecía ajeno a los sujetos y adquiría un estatuto de certeza que diferentes grupos defendían. Se consolidaba así una profecía, un destino al cual no podríamos escapar si nuestro voto favorecía a uno u otro candidato.

Encontramos en un argumento de Enrique Guinsberg (1985:91-92) cierta coincidencia con lo que venimos planteando ahora:

No es nada exagerada la afirmación de Doelker acerca de que “la construcción de nuestra imagen del mundo se realiza cada vez más a través de los medios, que a su vez proporcionan una imagen del mundo. Por consiguiente, nuestro concepto de realidad nace –según nuestra proporción de consumo de los medios– asimismo de experiencias mediatas y no de experiencias inmediatas”. Esa captación el autor la extiende también a la formación de conceptos, sobre todo a aquellos que no pueden referirse a una experiencia directa (las profundidades marinas, la luna, etcétera). Es decir que

la naturaleza –incluso la más cercana– es generalmente captable por los medios, *siempre interpuestos entre el individuo y la realidad*. Con las consecuencias que esto ocasiona.¹

La fuerza de los medios, señalada por Guinsberg, colaboró enormemente a que los rumores se convirtieran en verdad, ya que no solamente guiaba opiniones, sino que promovía estados afectivos: amores y odios que circularon durante todo el proceso electoral, desempeñando un papel determinante el día de la elección al momento de emitir el voto.

El rumor en esos momentos tenía las más insospechadas expresiones, era el escenario donde se desplegaba la pasión, con distintas vestimentas pero con un mismo cuerpo. Sí, la pasión se mostraba aquí en todo su esplendor, como un conjunto de movimientos afectivos encaminados hacia un único fin: obtener la Presidencia. Ese único fin guiaba los afectos, por lo cual actitudes y argumentos aparecían dominados por el objetivo de llegar al poder, meta que parecía adueñarse del ser de los candidatos. No se observaba otra cosa, la meta estaba clara, el objetivo era preciso, entonces el ansia de poder parecía gobernar la subjetividad de quienes protagonizaron la contienda electoral.

De ninguna manera queremos dar la impresión de que nos estamos colocando en el lugar del moralista que cuestiona la pasión de dos contrincantes en una batalla electoral. Lo que pretendemos enfatizar es lo que todo mundo veía y escuchaba, que los candidatos se jugaban su ser en ese momento, la apuesta era clara, la pasión se mostraba de modo descarnado. La pasión era el impulso, sus despliegues diversos posibilitaron la generación de esa guerra psicológica a la que nos referimos, pero también la puesta en marcha de un gran espectáculo. Paradójicamente, ambos procesos nos llevaron a una participación multitudinaria en las elecciones del 2006.

¹ Las cursivas son del original. La referencia citada por Enrique Guinsberg es Christian Doelker, *La realidad manipulada*, Colección Punto y Línea, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1982, p. 177.

“Vedetización” de la política y juego imaginario

Toda esta arenga, descalificación del otro y parafernalia de imágenes y palabras contra los opositores, que nosotros sintetizamos bajo la denominación de rumor, configuraron un espacio pertinente para que nuestra imaginación estallara. Muchos de nosotros depositamos ahí algo de nuestras fantasías y con ellas algo de nuestro deseo. Al movilizarse nuestras fantasía, en relación a ese espacio discursivo que hemos denominado rumor, aparecían elementos primitivos que están en el origen de nuestra constitución como sujetos, y que si bien permanecen inconscientes, basta que se hagan presentes determinadas condiciones objetivas o subjetivas para que su expresión sea una realidad. La agresión es uno de esos elementos, pues basta un solo pretexto para que la violencia inunde al sujeto.

Durante todo el proceso electoral, la agresión era movilizaba en el sujeto en función de un modo de identificarse narcisistamente con las imágenes y los símbolos que se desplegaron durante las campañas y aun después de conocer los resultados de la elección presidencial. El plano imaginario de nuestra subjetividad se conmovió en ese proceso electoral, se instalaba así una buena cantidad de certezas que era difícil desbaratar. Lo imaginario, en tanto ilusión de unidad con el otro, se entretejió al discurso del rumor. El rumor, y su convocatoria para que nos defendiéramos de un objeto malo, atacándolo, y más tarde no votando por él, fue el pretexto atinado para que en muchos espacios sociales cotidianos se dieran confrontaciones a partir de las preferencias que grupos y personas sentían por un candidato. Como hemos visto, los medios desempeñaron ahí un papel importante en la generación y propagación de sentimientos articulados al rumor. La seducción ejercida era fuerte y fue difícil no quedar atrapado en alguna medida dentro de ese juego imaginario, donde se veían y escuchaban a sujetos envueltos en su pasión. Qué mejor espectáculo que ir siguiendo una trama donde los candidatos muestran a cada paso su estrategia apasionada para tener acceso al poder, atacando al otro, buscando destruirlo, sacarlo de la jugada, excluirlo.

Los medios mostraban al héroe y al villano de la política nacional, obligándonos a tomar partido. El espectáculo de la política se iba te-

jiendo con los hilos del rumor y la pasión. La violencia se hacía presente. Por supuesto que mucho de lo que decían y hacían los protagonistas era manipulado por los profesionales del entretenimiento para poderle dar ese giro espectacular que representara ganancias en ese día. La fragmentación de las frases, extraerlas de su contexto original, la edición de palabras y acciones, de gestos, representaron en esos momentos un negocio redondo. Insistimos en que los dueños de los medios, y en especial los de las televisoras, lucraron económica y políticamente con el espectáculo de la política electoral. Ellos han aprendido de los Estados Unidos que la política electoral es un gran espectáculo y que sería un gran error económico desaprovechar ese momento dejando de promover su “vedetización”, como la denomina Édgar Morín (2002:285):

Esta teatralización, que abre un gigantesco *forum* televisivo a escala de una nación, y la vedetización misma podrían interpretarse como una especie de ardid de la razón política mediante la cual el espectador, el hombre que tiene necesidad de diversión se siente atraído e interesado por la política. Se podría volver a plantear, a este respecto, la cuestión de esos grandes gestores, de esos grandes técnicos o directivos, en las manos de quienes tiende a concentrarse una parte creciente de la realidad del poder.

Consideramos que una forma de seguir el consejo de Morín es insistir en que esos medios colaboraron en la promoción del rumor y participaron activamente en la guerra psicológica. Guerra psicológica y espectáculo configuraron un territorio muy complejo que generó verdaderos momentos de tensión social antes y después de las elecciones, cuando se le dio el triunfo a Felipe Calderón.

En esta gramática de lo imaginario, repleta de pasión y de rumores, el otro podía ser el candidato favorito, un agente idealizado que no se debía ensombrecer por la penumbras con las que lo amenazaba el rumor. Paradójicamente, el otro también podía ser el candidato opositor, contra el cual había que despotricar, arrojarle todo lo que en nuestro ser aparece como inaceptable, o desconocido. Ese opositor era entonces un potencial elemento persecutorio que había que destruir con

nuestras palabras, retomando la cantidad de información proveniente de los medios. Nuestro arsenal defensivo crecía, nuestra omnipotencia también, ya estaba ahí el enemigo a vencer, bien localizado, muy cerca, configurando con nosotros una unidad incómoda en tanto enemigo, o en una unificación idílica en tanto que veíamos al candidato como personaje ideal, como salvador.

¿Por qué fue tan sencillo para muchos de nosotros vincularse a esos rumores, a ese espectáculo que en muchos momentos fue verdaderamente denigrante y grotesco? Una posible respuesta la encontramos en la promoción de la violencia, la cual siempre aparece como enormemente seductora, en la medida en que se articula a procesos psíquicos estructurales:

En el origen del sujeto como sujeto de deseo está la violencia. Es la violencia del doble crimen de Edipo, el incesto y el parricidio, parte esencial de la institución subjetiva que tiene como consecuencia el lazo indisoluble del deseo con la culpa (Gerber, 2005:192).

Si aceptamos, siguiendo a Freud, que el hombre es un animal de horda, y no un animal con instinto gregario como lo pensaba Trotter, el jefe de esa horda pasa a ocupar necesariamente un lugar crucial en la subjetividad de cada uno de los miembros de la horda, de los grupos, o de las organizaciones sociales de las que forma parte el sujeto. Freud también señala que en el origen de la estructuración psíquica y en la génesis de la cultura se configuraron sentimientos ambivalentes respecto a ese jefe, los cuales han permitido el devenir de la propia cultura. Recuperando estos argumentos, nos preguntamos: ¿qué procesos psíquicos han sido sacudidos durante todo el proceso electoral que vivió nuestro país en el 2006? Nuestra respuesta es solamente una hipótesis que tendrá que ser reconsiderada a la luz de los comentarios que nos hagan nuestros pares. Creemos que la movilización tuvo que ver con el odio y el amor, pues el rumor cuestionaba rotundamente la imagen de los distintos candidatos, por lo que en muchos casos ellos pasaron a ocupar, en nuestra subjetividad, un lugar cercano a ese conductor, a ese jefe de horda del que nos habla Freud (1921) en *Psicología de las masas*

y *análisis del yo*. Su imagen se adhirió, sin grandes dificultades, a una estructura psíquica de los que depositaron ahí vínculos arcaicos con el padre.

Como se recordará, Freud aclara que el conductor puede ser sustituido por una idea, por algo abstracto que ocupará el lugar de ideal del yo entre los integrantes de la agrupación. En tanto ideal del yo, es también lugar de mandato y de apaciguamiento, lugar de enamoramiento, en la medida en que se supone que ese otro, el conductor, el líder, la idea abstracta, ama a quienes integran ese grupo. Ahí encontramos ese rasgo que hace posible la identificación. En *Tótem y tabú*, Freud (1913) nos había hablado ya del asesinato del padre, también nos proporcionaba ahí elementos para pensar que el rechazo a esa falta, a la culpa que generó ese asesinato, es una pieza fundamental de la represión originaria. Pero si se ha deseado asesinar al padre, es porque es muy difícil aceptar sus carencias, su falta, la cual tiene que ver con que el sujeto no sea el objeto que satisface el deseo del padre. Solamente muerto el padre, se puede creer que él nos amó intensamente, a nosotros y solamente a nosotros. De tal modo que el amor sostiene el vínculo, el lazo social.

¿Estos elementos fueron removidos durante el proceso electoral? Nos atrevemos a decir que sí, pero tenemos que matizar nuestra respuesta pues es indispensable referirse a la variabilidad de los grupos que se vieron involucrados en ese proceso, tarea que por ahora tenemos que dejar pendiente. Deseamos dejar sentado que el proceso electoral de ninguna manera fue un *fenómeno de masas*, término que puede ser muy seductor pero que no nos permite ni siquiera reconocer, ni ubicar, qué es una *masa*.

Hace más de un siglo, Gustav Le Bon (1985) trató de caracterizar el funcionamiento de las masas intentando describir su comportamiento. Incluso, sus reflexiones se concentraron específicamente en lo que él denominó “masas electorales”. Hablaba de que las masas electorales son seducidas para que en el momento de la elección de candidatos puedan tomar una determinación que favorezca a los mismos. Es de sobra conocida la idea de Gustav Le Bon en relación a la irracionalidad de las masas, y a que ellas se dejan manejar más por el sentimiento que por la razón. Nosotros seguimos a Freud cuando hace una dura crítica

a lo planteado por Le Bon, y no compartimos en lo absoluto la afirmación de que las masas no piensan.

Creemos, apegándonos a una cierta idea de psicología social,² que es necesario hablar de grupos y organizaciones, pues de ese modo se pueden pensar las relaciones entre éstas y los candidatos de una contienda electoral. Sin embargo, consideramos que algo del orden de la seducción está en juego cuando se realizan las campañas. Igualmente, algo del amor y el odio circula en el ambiente electoral y poselectoral. Basta con señalar que en muchos de los comentaristas era evidente el odio con que criticaban a López Obrador cuando decidió emprender una serie de acciones de resistencia, cuando se le nombró “Presidente Legítimo”, o al salir al aire su programa de televisión. Un ejemplo relacionado con el amor y el odio fue la afirmación de algunos trabajadores de la salud mental en cuanto a la psicopatología de López Obrador. Por supuesto que rechazamos que sea posible establecer cualquier diagnóstico clínico a partir del conjunto de estrategias que un candidato despliega en sus esfuerzos por llegar a la Presidencia. Afirmamos en cambio que esos diagnósticos silvestres desafortunados, realizados por algunos profesionales de la salud mental, son una muestra del odio y la animadversión que en ellos provocaba López Obrador. Algo parecido sucedió en quienes aceptaron los veredictos de los diagnósticos y propagaban a los cuatro vientos que López Obrador estaba psicótico: esta denominación se ajustaba perfectamente al conjunto de sentimientos que en ellos evocaba el mencionado candidato.

Sabemos que este conjunto de ideas puede incomodar a intelectuales provenientes de la sociología, de la psicología y por supuesto del ámbito psicoanalítico. A pesar de esto, se nos hace indispensable colocar esta reflexión sobre la mesa de discusión e incorporar aspectos muy específicos de la subjetividad al debate en torno a fenómenos políticos de tal magnitud como son las elecciones presidenciales. Siempre ha sido evidente que los líderes políticos despiertan una gran variedad de sentimientos, y consideramos que ya existen suficientes desarrollos en las

² Algunos de los elementos de una psicología social “no oficial” pueden ser ubicados en el libro de Armando Bauleo, *Contrainstitución y grupo*.

disciplinas humanas como para profundizar en ellos, en su génesis y en las consecuencias políticas de ese torbellino de afectos implicados en la política.

Si aceptamos que en el ser humano se mueven los deseos de muerte hacia un padre que se nos aparece como cruel y omnipotente, y que esos deseos de muerte únicamente se mantienen inconscientes, pero no desaparecen; si aceptamos también que hay una gran variedad de formas simbólicas para aniquilar a ese padre, y que esos deseos de muerte hacia el progenitor masculino se materializan en un gran abanico de posibilidades, no estaremos lejos de ver que los movimientos políticos que tienen gran importancia en la historia de cualquier nación están marcados por esos factores psíquicos. Por supuesto que lo anterior no implica hacer desaparecer otros factores implicados en la historia política de los países; los intereses económicos, las luchas ideológicas, la explotación de los trabajadores, etc., no deben desaparecer del horizonte analítico al proponer repensar sobre aspectos de orden subjetivo. Más bien, creemos que estos procesos sociales se amalgaman de modo complejo al odio y al amor presentes en cada ser humano.

Si nuestra hipótesis es cierta, esperemos que algún día los propios políticos tomen en cuenta los sentimientos que sus acciones generan en los ciudadanos.

Bibliografía

- Abbagnano, I. (1986). *Diccionario de filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Bauleo, Armando (1983). *Contrainstitución y grupos*, Nuevomar, México.
- Freud, Sigmund (1986). “Tótem y tabú”, en *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1986). “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gerber, Daniel (2005). “El estúpido encanto de la violencia”, en *Del psicoanálisis en el malestar en la cultura*, Lazos, Argentina.
- Guinsberg, Enrique (1985). *Control de los medios, control del hombre*, Nuevomar, México.

- Le Bon, Gustave (2000). *Psicología de la masas*, Morata, Madrid.
- Maquiavelo, Nicolás (1983), *El Príncipe*, Sarpe, Madrid.
- Morín, Édgar (2002). *Sociología*, Tecnos, Madrid.
- Pichon Rivière, E. (1980). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Pichon Rivière E. y A. Pampliega (1985). *Psicología de la vida cotidiana*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Platón (1973). *Diálogos*, Porrúa, México.